Serie G. Año II. Números 26 y 27 Director, LUIS CANO

LECTURA AMENA

CONTENIDO:

Clemente Palma, *Los canastos* 545
Eusebio Robledo, *Grietas* 548
Luis Cano, *Funeral* 549
Manuel Ugarte, *Un sueño de Margot* 549
Antonio Merizalde, *Contrastes* 553
Luciano Gramont, *Calidoscopio* 554
Manuel S. Cervera *Preeraquelina* 559
Paul D'Enjoy, *Flor de Mayo* 559
Escipión Jaramillo, *Compasión* 564
Eugenio Ors, *Gracias* 565
Ab. Farina, *Rapto de las quimeras* 566
U. González Serrano, *¿ La felicidad ?* 568
Joaquín E. Jaramillo A., *Sones suaves* 570
Amado Nervo, *El miedo á la muerte* 571
Aquilino Villegas, *Balada de la mala Reputación* 575
Luis Vives, *El honorable público* 577
E. Marquina, *La alegría fecunda* 579
Alfonso Daudet, *Un matrimonio de cantantes* 581

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR"

1905

Sala de AUTORES ANTIOQUEÑOS Biblioteca General U. de A.

ALGO DE MUEBLES

Finos, extrafinos y comunes; venta de maderas. Sastrería, peluquería y agencia de negocios de CELSO BENITEZ S. Gallera de Guayaquil. Permuta de muebles por alhajas y paños.

5

Profesor de idiomas

Recomendaciones especialísimas. Estudios profesionales. Precios módicos. Entenderse con el Sr. LUIS CANO.

4—4

"AGENCIA GASAM"

(G. SAENZ M. RIO NEGRO)

Recibe y coloca suscripciones de Periódicos, Libros etc. etc., *tomando para sí solamente* un ejemplar por comisión.

OFICINA, TIENDA, DEPÓSITO, SEGUROS

10—5

LEY 51 DE 1898 (15 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

(*Continuación.*)

El Subsecretario de Hacienda, encargado del Despacho, ABEL PAÚL.—El Ministro de Guerra, DIEGO A. DE CASTRO.—El Ministro de Instrucción Pública, CARLOS CUERVO MÁRQUEZ.—El Ministro del Tesoro, GUILLERMO TORRES.

(*Continuará.*)

REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año II | *Medellín, 15 de Noviembre de 1905.* | *Nos. 26 y 27*

CLEMENTE PALMA

LOS CANASTOS

Entre hacer un pequeño servicio que apenas deje huella en la memoria del beneficiado ó un grave daño que le deje profundo recuerdo, elegid lo segundo. Os contaré lo que me sucedió una tarde de invierno con un pobre hombre llamado Vassielich.

Os juro que yo soy bueno, soy un buen padre de familia, pero es sólo en la época en que hay sol en este cielo brumoso. ¡Oh!, la bruma invernal me hace daño y me convierte en malvado. Si yo fuera *poppe*, en verano rendiría culto á Dios, pero en invierno le volvería la espalda y me entregaría á darle gusto al diablo. En el invierno le amo, siento que se introduce en mi sér, que estruja mi espíritu y aviva el fuego de mis malos instintos, entonces me siento nihilista, capaz de ser ladrón y asesino; lo rojo me enerva, y lo afilado y lo agudo me fascinan. Cuando llega la época de las primeras nevadas mi mujer me dice: —Marcof, padrecito mío, ya las malas ideas comienzan á fulgurar en tus ojos. Ya viene el tiempo en que no vives sino gruñendo y blasfemando, en que nos aporreas, á tus hijos y á mí. Míra, no te alejes de la estufa, porque el hielo te hace malvado...Pero decía hace poco que iba á referiros una aventura que tuve: ya lo había olvidado. Escuchadme.

Iba yo una tarde caminando, con mi pipa en la boca, por un largo y estrecho puente. Un carretero sordo llamado Vassielich seguía el mismo camino que yo, conduciendo en su carro más de veinte canastos de pescado fino, que diferentes dueños le habían comisionado que llevara al mercado para la venta del siguiente día. El carro, á causa de la curvatura del puente, se inclinaba hacia el borde derecho, pero no había peligro de que cayese, porque el pretil era suficientemente alto para impedir la caída. Con todo, hubiera querido darle un buen susto á Vassielich. Creedme que no soy

malo, pero deseaba con toda mi alma darle un susto, aunque no fuera sino arrojarle con carreta y todo al río. De repente la cuerda que sujetaba los canastos se rompió ó desató... A fe que sentí un vuelco en el corazón El puente es estrecho y largo, el carro caminaba despacio y saltaba mucho, el suelo del puente tiene una inclinación bastante sensible del centro hacia los bordes... A los pocos segundos, ¡pum!, uno de los canastos se desprendió, cayó pesadamente sobre el pretil y desde allí se precipitó al río. Lo vi caer y una voz muy débil me murmuraba dentro algo así como: "avísa á ese infeliz carretero que su carga se va al río." Pero el invierno me gritaba más alto: "cállate, hombre, y limítate á mirar, ¿no es curioso y entretenido ver caer veinte canastos, uno detrás de otro, como una manada de estúpidos carneros?" Y la verdad es que preferí esto. Cierto es que Vassielich era un buen hombre, que jamás me había hecho daño alguno, que iba á sufrir mucho con esta desgracia, pero ¿á mí qué me importaba? ¿perdía yo algo con el desastre de Vassielich? No, al contrario, ganaba una diversión durante el trayecto del puente, que tiene unos cien metros de largo. Callé y vi caer la segunda canasta, luégo la tercera y la cuarta, y la quinta y otras muchas. El pobre Vassielich, sea porque fuera sordo, ó porque iba distraído, no advirtió el ruido delicioso que hacían los canastos al romper la superficie ondulosa del río, haciendo saltar chorros de espuma. El caballo advirtió mejor lo que pasaba, pues, al sentir el carro menos pesado, aligeró el paso. Cuando llegámos al término del puente, corrí hacia la carreta:

—¡Eh, Vassielich, amiguito!

El carretero no me oía; tuve que avanzar más y tocarle la pierna con el extremo de mi pipa, gritándole:

—¡Vassielich! Vassielich!

—¡Eh!, ¿que deseas? Tengo prisa...

—¡Ay, padrecito, no la tengas ya! Voy á comunicarte una gran desgracia.

—¡Dios de Dios! ¿Ha muerto Ivanowna, mi mujer?

—No, te juro que no; es algo peor y de más trascendencia social.

—¿Ha muerto el Czar?

—¡Eh, así reventara!...

—Hábla, hábla...

—Pues detén el carro, que es algo grave lo que voy á decirte.

—Pero...ya á va anochecer y tengo prisa de llegar á la ciudad.

—No la tengas ya.

—¿Por qué? Habla. ¡Dios de Dios!,—exclamó Vassielich, impaciente, deteniendo el carro.

Yo encendí lentamente mi pipa, que se había apagado.

—Te decía, padrecito, que no tuvieras prisa en ir á la ciudad... Verás si no tengo razón.

—¡Maldición! Pero ¿por qué?

—Porque...Créeme que me duele decírtelo, pradrecito...Oyeme bien: no debes apresurarte, porque...porque el señor río se ha engullido, bocado tras bocado, tus canastos de peces. Soy testigo ocular. Te aconsejo que otro día hagas uso de cuerdas más fuertes.

Vassielich volvió el rostro violentamente, y al asegurarse de su desgracia se puso horriblemente pálido, luégo enrojeció y apeándose de la carreta se asomó al río.

—¡Eh, amigo!, buscas los agujeros que hicieron los canastos al atravesar la superficie. Ya se taparon.

Vassielich se puso á llorar: no tenía dinero con que pagar; le embargarían sus cosas. Ivanowna y sus hijos sufrirían miserias espantosas, y si no alcanzaba á pagar toda la deuda, le meterían á la cárcel. ¡Y el invierno que era tan crudo! El pobre sordo lloraba amargamente. ¡Era cosa de matarse!

—¡Sí, padrecito, es cosa de matarse!,—afirmé yo con acento filosófico.

Y, en efecto, creí que iba á arrojarse al río de cabeza, pues asomó el cuerpo por el pretil. Abrí los ojos desmesuradamente para ver con toda mi alma el chapuzón. Quizás el caballo, por una de esas asombrosas fidelidades de que hablan las historias, se precipitaría también arrastrando consigo el carro. Y si no lo hacía, yo lo obligaría á ello. El puente estaba solitario y la ciudad distaba dos *verstas*. Pero no, lo que hizo Vassielich fué ponerse á gritar y á maldecir su suerte...Se desvaneció mi esperanza, é irritado por la estupidez de ese carretero que por un cobarde amor á la vida no cumplía con su deber, le dije sonriéndome:

—Pude avisarte, padrecito, desde que vi caer el primer canasto. Mas ¿ para qué ? Mañana habrías olvidado el favor que te hacía: en cambio, mañana que te lleven á la cárcel, y que tu mujer y tus hijos lloren en la miseria, te acordarás de mí, cierto que para maldecirme, pero te acordarás de mí....

Vassielich no me respondió, sea porque no me oyera, sea porque estaba aturdido con su desastre. Me encogí de hombros y proseguí mi camino, fumando mi pipa. Después de todo, el sitio de los peces era el río y no los canastos. He restablecido, pues, el equilibrio de la naturaleza.

EUSEBIO ROBLEDO

GRIETAS

Bajo un álamo enfermo cuyo ramaje es lira
De cuerdas oxidadas que abandonó el artista,
Y que sólo en las noches de clarores de luna,
Que en albos tules gira,
Destaca en el espacio la soñolienta arista
Do el ave de los muertos, el ave triste y bruna,
Se posa solitaria,
Como en la cuerda rota de un arpa funeraria ....

Allí bajo ese álamo, misterioso y silente,
Conocí yo la tumba de animoso cobarde,
Que cerró las pupilas ante el cenit fulgente
Y apresuró las dulces penumbras de la tarde.

Y se tendió el cobarde sobre aquel suelo yermo,
Y se tendió el valiente bajo el álamo enfermo ....

Pero nó .... no dormía:
Tras el bello arabesco que pintaron las grietas
Sobre la tumba blanca, el curioso leía
De las carnes marchitas las tristezas secretas...
Secretas amarguras
Que buscaban friolentas los ósculos del día
Tras el dibujo raro de negras hendiduras ....

Y pensé en los poetas,
Y recordé los bardos
Cuya muriente vida se asombra bajo cardos ;
Y vi sus infinitas amarguras secretas
Al través del alegre dibujo suave y terso,
Que en la tumba del alma diseñaron las grietas
De los renglones negros en donde canta el verso.

LUIS CANO

FUNERAL

para Antonio Merizalde.

Ya no mi canto como ayer se aduna
al reír de los labios. En las flores
de mi jardín no hay miel, desde que una
bandada de golosos libadores

de anchas caderas, cabellera bruna,
labios de sangre y senos tembladores
sació en ellas su sed. Después....ninguna
mujer apareció por mis alcores.

Desde entonces mi canto es un remedo
de oración á Deméter. Ya las blancas
cuerdas de mi laúd hechas pedazos,

me queda sólo derrotar al Miedo,
de mi Pegaso acariciar las ancas
y caer de la Tierra entre los brazos.

MANUEL UGARTE

UN SUEÑO DE MARGOT

Durante el viaje, Margot sólo había percibido las miniaturas y los matices de las cosas, como si el mundo fuese un juguete japonés, colocado, para distraer languideces elegantes, en el *boudoir* de una modista célebre. Sus frases habían sido detalles preciosos é inútiles que cosquilleaban agradablemente en el oído sin decir

nada: ("Hermoso color de nube para cinta de un sombrero de viaje"... "Como esa luna, pero con más relieve, es el broche de diamantes de René"... "¿Sabes? la naturaleza es muy grande; prefiero el jardín del Luxemburgo".) Sin embargo, aquel cerebro de marfil, pequeño y minucioso como una máquina de reloj, había tenido durante una noche de ferrocarril la visión de un gran drama.

Pero, apesar de todo, confieso que mi asombro fué grande cuando, al reunirnos en el comedor del hotel para tomar el desayuno, me refirió con gestos graves lo siguiente, que compendio tanto como puedo, aun á riesgo de hacerle perder su sabor original.

Margot había soñado que estaba en su pequeño departamento de la Chaussée-d' Antin, de regreso del Odeón, leyendo un periódico de modas, mientras Luisa, que ya había calentado el lecho, la despeinaba con un peine enorme, fabuloso, que desgarraba al moverse las cortinas persas que sonreían desde los vidrios. De pronto oyó grandes voces y vió una multitud compacta, que pasaba por las calle, agitando teas encendidas. Era un tropel interminable de harapientos. Parecían borrachos. Uno de ellos, el más grande, el que llevaba un pañuelo rojo anudado al rededor de la cabeza, agitaba una pica y parecía dirigir á los demás.

—Son los amigos,—dijo Luisa, apoyando la cabeza en la ventana para verlos pasar.

(¿Los amigos? ¿Aquella turba de andrajosos que bajaban por la calle lanzando alaridos salvajes, aquella escoria humana barrida por un viento de pasión, eran los amigos?).

—Son los amigos, —insistió Luisa, como si hablara para sí, —porque son los que sufren.

Y con un gesto tranquilo se despojó del delantal y la cofia, los puso sobre la mesa, hizo un saludo y salió.

Margot la oyó bajar las escaleras. Y á través de un vidrio que ella misma empañaba con su respiración, la vió salir á la calle y unirse á la multitud que seguía pasando, en pelotones de miseria, como un torrente que baja de la montaña, después de un deshielo.

—Es indiscutible que todos están locos, —pensó Margot; —¿Qué voy á hacer ahora? ¿Quién me traerá los escarpines al bajar del lecho?

Y tuvo una de esas ideas caprichosas de mujer engreída. Se anudó el pelo sobre la nuca, se calzó los guantes, se echó sobre los hombros su abrigo de teatro y bajó resueltamente las escaleras. La puerta no estaba cerrada. Los porteros habían salido... (¿A dónde iban, á esa hora?) Y sobre la acera, cerrándole el paso, había un charco de sangre....

Margot se estremeció. Era la primera vez que veía sangre.

Tuvo miedo. Luégo se remangó el vestido de baile y pasó. Sus botinas de charol se reflejaron confusamente sobre la mancha roja. La calle estaba desierta. Parecía que todas las gentes de la ciudad habían huído. A lo lejos, muy lejos, se oía un clamor de multitud, tajado por disparos de armas de fuego. ¿A dónde ir? Se arrepintió de haber salido. Su proyecto de refugiarse en casa de Nelly, le pareció impracticable. ¿Cómo atravesar esas calles solitarias y obscuras, donde los pasos resonarían tras ella como si vinieran persiguiéndola?

Entonces se detuvo al borde de la acera, apoyándose contra el muro, sin saber qué hacer.

¿Debía avanzar hacia el misterio que la esperaba en el fondo borrado de la ciudad, ó regresar á su casa vacía y pasar otra vez sobre el charco de sangre? Optó por lo primero, y echó á correr por el bulevar Haussmann.

Bajo la luz amarilla que escupían los faroles, se veían regueros de sangre que se perdían bajo las puertas. A la distancia se oían los gritos de la muchedumbre, y á veces un cañoneo apagado.

Margot seguía corriendo. De pronto oyó un ruido confuso de gentes que se acercaban en tropel. El viento traía rachas de canciones y carcajadas. ¿Eran vendimiadores que volvían de una aldea? Margot tuvo la curiosidad de verlos; una curiosidad imperiosa, como un deseo carnal. Y se acurrucó en el hueco de una puerta.

Las primeras claridades del día comenzaban á levantarse sobre la ciudad. El tropel confuso se acercaba. Se oía el ruido sordo de los pasos. Margot sintió un frío agudo que la hizo crujir los huesos. Y la multitud desembocó sobre el bulevar...

Los hombres blandían picas, cuya punta enrojecida goteaba sobre los rostros. Las mujeres llevaban gorros encarnados. Todos repetían estribillos siniestros, que Margot no había oído nunca. Y pasaban, pasaban sin tregua, con las mismas caras bestiales y los mismos gestos groseros.

De pronto, resonó un grito. Alguien la había descubierto y la designaba con el dedo á los demás. Un grupo se precipitó sobre ella y la rodeó. Fué un entrevero salvaje. Un hombre la besó en la boca. Una mujer le escupió á la cara.

¿Qué hacía allí?—le preguntaron,—la ciudad pertenecía al pueblo.

Margot respondió frases entrecortadas y quiso desasirse para huir. Pero no le permitieron moverse. Estaba prisionera. Un hombrachón de pelo rojo la cogió por el talle y se la echó á la espalda. La llevaron en hombros. La multitud seguía cantando. ¿A dónde la conducían?

La vislumbre de la aurora apenas permitía distinguir las caras. En el límite del bulevar asomaba un sol encarnado de lluvia.

Atravesaron cien calles. Las ventanas estaban cerradas y había mucha sangre sobre las veredas. Margot se hundía las uñas en la garganta para ahogar los gritos. Estaba helada de terror. Sus ojos permanecían clavados sobre el esqueleto de guillotina que se levantaba en el fondo de la calle. Trató de convencerse de que no era para ella. ("Margot no había hecho daño á nadie. ¿Por qué razón la matarían? Porque había amado el amor, el champaña y los trajes de Paquín? Las mujeres hermosas han nacido para eso.")

Pero, apesar de sus razones, tiritaba de miedo. Quiso llamar, suplicar, ofrecerse....Pero no podían escucharla. Las canciones ahogaban su voz frágil. Trató de desasirse para bajar y huir, pero dos manos brutales le detuvieron las piernas....

Y la guillotina estaba allí. La dejaron caer sobre el entablado y ella se desplomó como si no tuviera huesos. La multitud seguía cantando. Margot tuvo la sensación de ver el sol por última vez. La noche se apoderó de su alma. Por su memoria pasaron, al galope, mil recuerdos. Después se hiso el vacío. Sintió algo helado en el pescuezo, lanzó un grito que no pudo oir...., y el golpe fatal la despertó.

Pero el horror de la pesadilla la perseguía aún. Le quedaba algo así como la amargura de un presagio.

—Ocurrirá,—me decía, con la boca llena de fresas,—ya verás cómo ocurrirá. La ciudad comenzará á arder y nadie podrá apagar el incendio. El fuego cundirá por el mundo. Lo que siento, es no poder realizar mi capricho de poseer un castillo en Anjou. El imbécil de Vidart tartamudea que son muy caros.

ANTONIO MERIZALDE

CONTRASTES

I

(PRIMAVERAL)

Teñida con la sangre de una fresa madura
que sazonara á besos el sol de la mañana,
su boca, que el perfume robóle á la manzana,
ostenta de los dientes la pálida blancura.

No ha ajado aún el gesto cruël de la amargura
la divina corola de esa rosa temprana,
ni el beso le ha manchado la mejilla lozana
donde la Vida entona sus himnos de ventura.

Intacta está en sus manos, que son flores soñadas,
la suavidad del raso. Tranquilas, sus miradas
afrentan á la gloria de la luz matutina.

De sus horas risueñas, atraviesa dichosa
el jardín encantado, y á su paso de diosa
en su ágil tallo el lirio fervoroso se inclina.

II

(INVERNAL)

Su boca está marchita. Voló la Primavera
que el color de sus labios con su beso encendía,
y en tanto que en su espíritu se extingue la alegría
los años no se paran en su veloz carrera.

No más en su camino, de aquella edad primera
que un tiempo dió á su infancia perfumes y ambrosía,
florecerá la dicha. No más la fantasía
desplegará sus alas en la insondable esfera.

El Tiempo con su daga rompió el tupido velo
que ocultaba á sus ojos, serenos como el cielo,
los peñascos sin flores, las llanuras desiertas.

Y en el voraz abismo de la desesperanza
vió ya—furiosa lluvia que sin piedad se lanza—
caer sus ilusiones cual mariposas muertas.

LUCIANO GRAMONT

CALIDOSCOPIO

Respirar nuevamente la atmósfera evocadora del pueblo padre; otra vez escuchar el tañido melancólico de sus campanas, de esas campanas amigas que lloraron á la muerte de los duelos queridos, y á cuyo dulce, piadoso reclamo acudímos tántas veces al templo aromado; abrazar sin escrúpulo la joroba venerable del viejo cura que un día, lleno de místico entusiasmo, depositó en nuestros labios la primera hostia blanca; y luégo aspirar el ambiente casi frío de la casa del abuelo, de ese caserón antiguo que guarda entre las grietas de sus muros vetustos la historia blanca de nuestros doce años primeros, fué por espacio de ocho meses mi pensamiento único, obsesionante, cruel.

Esa peregrinación dolorosa del cuerpo y del ánima á todos los sitios que hollaron nuestras plantas de diez años, me atraía como un abismo!

Por eso—acaso—cuando á la muerte de mi abuelo dispuso mi madre que yo fuese á abrazar en su nombre á mi madre Eugenia, sentí una alegría dolorosa y una cruel satisfacción de la muerte del buen anciano.

Yo tenía necesidad de vivir ese párrafo doloroso de la vida: el más amargo, acaso, el que más rudamente hiere el alma, el que más lágrimas arranca de los ojos, el que nos inspira el más profundo sentimiento de odio á la vida, y el que aparta más de nuestra vista esa utópica encantadora visión de nuestros días blancos: el cielo.

Pero apesar de todo quería vivirlo. Era un deseo exótico pero avasallador de lastimarme el alma. No sé si pretendía por este medio extraño alcanzar un alivio imposible para esa mimada enferma que llora, y lentamente, con su llorar amargo, entristece el espíritu, sensibiliza los nervios y consume los músculos, hasta hacer de la vida un absurdo consentido por encomiable extoicismo ó por indisculpable cobardía. Acaso sí.

II

No era ni la tarde ni la noche.

Yo en el Alto del Cedro, y mi pueblo allá abajo, hierático, ca-

rñoso y fito como un abuelo. Habia ya sombras en el valle, unas sombras pardas, que egoistas ocultaban á mis ojos las torres de la Iglesia y los techos de las casas altas.

Aún era posible distinguir sus calles rectas y estrechas, pero no veia los ceibos de la plaza. Y cómo deseaba verlos! En la corteza rugosa de uno de ellos había muchos nombres y muchas fechas; en la de todos como en un libro imposible, iba yo á leer una historia no escrita, muy ingenua y muy cruel.

Jamás había sentido tántos recuerdos juntos en la mente, tántas lágrimas en los ojos y tántas pesadumbres en el alma.....

Cada movimiento de mi mula impaciente me arrancaba de esa especie de soñación voluptuosa en que me había sumido al ver tras luengos años ese pedazo de tierra opacado por las sombras pardas de un atardecer sereno.

Di rienda al entusiasta bruto, que ajeno á mi pesar, soñando con el pasto de sus potreros, me dejaba apenas á cortos intervalos contemplar ese paisaje de sombras más triste y más hermoso que una resurrección de horas felices. El aire entraba en mis pulmones con rabia. ¡Qué bien se siente el ánima si las mulas galopan recio!

Cuando sus cascos herrados arrancaban lágrimas de luz á los guijarros de la Calle Real, me dí á la tarea de coordinar una frase de duelo, expresiva y sincera, para saludar á mi madre Eugenia. Tuve muchas en los labios y en la mente, y cuando entre sus brazos sentí sus lágrimas humedecer mi rostro, no supe decirla nada. Jamás habían sido más rebeldes las palabras que entonces, pero mi dolor no había sido tan sincero nunca, ni mis lágrimas tan ciertas!

III

La abuela dejó de llorar y me indicó un sillón antiguo y cómodo, desde donde observé con santa alegría cómo retozaba en sus labios arrugados y trémulos, aquella sonrisa amable y eterna que tántas veces puso en fuga los gestos hoscos del Dolor y de la Ira.

Sencilla, sin ridículas exclamaciones de pesar, ni mentidas protestas de conformidad cristiana, empezó á escaparse de sus labios como un rezo, la narración tristísima de la agonía y muerte del buen abuelo; sus resoluciones últimas y los consejos y órdenes que dejó para mi hermana y para mí.

El abuelo nos amaba mucho, y ella tenía de querernos doblemente. A cada instante lo decían sus labios.

Me habló luégo de mi tía Luisa y las muchachas. "No vas á conocerlas. Es imposible; ni ellas van á conocerte á ti; habéis cambiado todos mucho. Juanita es una rubia alta, muy elegante y muy seria; y Ana Gertrudis, también alta y hermosa, tiene muy negros los cabellos y los ojos. Ya sabes que se casa con Antonio de Jes'

el sobrino de D. Floro. Y es lástima, porque siendo un mozo sano, sin vicios, y muy rico, es demasiado brusco el pobre. Ya lo conoceréis mañana. No sabe firmarse pero maneja enormes cantidades de dinero. Mucho le hemos hablado de ti. Cuando vienen papeles con versos tuyos, pide que se los lean y aplaude con tal entusiasmo, que hace creer á una que los ha entendido perfectamente. Juanita sí que no puede oirlos sin rabiar. Dice que son decadentes y modernistas y no se qué otras cosas. Vas á tener que reñir mucho con ella y con D. Floro, que son tus enemigos literarios más encarnizados. Este dice que vas á acabar en un manicomio cantándole á la luna y esperando cosas que no vendrán nunca...."

Las últimas palabras de este pronóstico—vulgar á fuerza de ser común—llegaron á mis oídos un poco débiles. Empezaba á dormirme.

Pero lo notó mi madre, y con una cariñosa insinuación me hizo sacudir la cabeza somnolienta. —Pobre hijo! si estarás rendido! —Véte á tu cuarto y dile á Pedro si algo te hace falta....Vas á pasar una noche pésima: sin un libro bueno para que leas....

—Descuídese usted señora, no tardaré en dormirme.

Le besé respetuosamente la mano después de haber recibido su bendición, y me fuí á mi cuarto rendido de sueño y de cansancio.

Dormí larga y tranquilamente.

El tañido familar de una campana que invitaba á misa, me hizo pasar del anonadamiento sedante de un sueño reposado, á la voluptuosa somnolencia de un despertar incompleto. Entreabrí los ojos perezosamente y los hice girar investigadores al rededor de mi estancia, que empezaba á teñirse de la opaca luminosidad del amanecer.

Una teoría de cosas pálidas esfumadas en la atmósfera gris de un recuerdo lejano, empezó á desfilar por delante de mí.

Pasó mi primera comunión: una figurita indescriptible de angel, juntas místicamente las manos sobre el pecho. Oraba.

Pasó la *Ella* de mi primera juventud: pagana encarnación del más puro ideal artístico. Su cabellera perfumada, abundante y negra, agitada por el viento acariciador de una mañana clara, me dijo la dolorosa remembranza de un pasado de risas y cantos y besos.

Pasaron mis primeros versos: unos pajecitos aduladores que doblaban la rodilla é inclinaban la frente delante del Sol y del Agua y del Bosque y de Ella, que lo alegraba todo con sus risas. ¡Pobres pajecillos toscos que huyeron avergonzados al empuje de los caballeros lascivos que galantean á las mujeres ágiles y maltratan con sus vocablos rudos los oídos de Dios...!

Una idea brusca me asaltó entonces.

Mi tía y las muchachas vendrían á verme á la salida de misa. Recordé en seguida lo que de ellas me dijo mi madre Eugenia. La

figura vulgar de Antonio de Jesús pasó por delante de mí como un insulto. Empezaba á sentirme mal en esa cama tibia y evocadora.

En menos de diez minutos estuve fuera.

El aire fresco de la mañana entró á mis pulmones riendo. Qué afable era el aire de mi humilde rincón abandonado!

Las toldas blancas de los carniceros daban á la plaza el aspecto de un campamento de gitanos. La Iglesia vomitaba por sus tres anchas puertas una masa informe de gente que invadía con lentitud el mercado, y empezaba un murmullo que crecía rápidamente hasta ser un rumoreo confuso y ensordecedor.

Pasaban por delante de mí, como lo hicieran por delante de un extraño, mil rostros amigos, enjutos y graves, respirando vida y tranquilidad de espíritu. Tal vez quise envidiarlos.

Mis ojos—en tanto—buscaban con insistencia un grupo formado por una viejecita y dos jóvenes, ambas altas y hermosas, pero morena una y rubia otra.

Quería verlas y no verlas. Temblaba. Hubiera asegurado que palidecía. No acertaba á coordinar una frase ni retenía una idea. Hice un esfuerzo visible y tal vez quise reprenderme á mí mismo. Acababa de verlas.

Las tres sonrieron amablemente al verme.

Con una estudiada inclinación de cabeza correspondí esa muda y expresiva salutación, y me volví á la puerta á esperar impaciente su llegada.

Los brazos convulsos y enflaquecidos de mi tía me abrazaron maternalmente. Yo esperaba que mis primas harían otro tanto, pero hicieron menos. Juanita me alargó con cariñoso entusiasmo una mano casi helada, que yo apreté entre las mías á pesar de la repugnancia que me causan las manos muertas. Ana Gertrudis me dejó acariciar la suya tibia, enamorada, tal vez lasciva mano de virgen que desea y que ama. Busqué entonces con afán sus ojos negros, como si quisiera leer en ellos la historia de diez años de ausencia y de olvido. Sus ojos me miraron fraternalmente.

Satisfice infinidad de preguntas acerca de la salud de mi madre y de mi hermana, y en nombre de ellas les prometí una visita para fines del año.

Juanita quiso decirme algo, pero Ana Gertrudis se opuso á ello con una leve insinuación que tenía toda la bondadosa autoridad de un consejo materno.

No sé, pero creo iba á decirme que debía traerlas en Julio para que estuviesen á la boda....

En el extremo del corredor de la izquierda había mi madre Eugenia arreglado un artístico saloncito de recibo, graciosamente decorado con plantas frescas y cuadros antiguos. Allí nos demorámos hasta que una criada anunció á mi madre la filial visita.

Mi tía y Juanita pidieron permiso para dejarnos.

Ana Gertrudis me miró tristemente y me dijo frases de dolor encantadoras. El ambiente perfumado y tibio de su boca ideal pareció envolverme en la enervante red de un sueño.

Sus palabras llegaban á mis oídos descompuestas, débiles, casi ahogadas. Ya no tenían esa animación extraña de sus encantadoras mentiras de ayer, ni ese fuego místico que su religiosidad lugareña les infundía cada vez que mis labios trataban de poner en duda la autenticidad de esos adorados imposibles que colmaban sus altares. Se diría que lloraba. Y con todo, en su rostro no había tristeza. Algo que es casi triste había en sus ojos: cuando se entornan y se clavan allá lejos, casi más de lo humanamente posible, se está soñando; y esto es un poco triste pero muy hermoso.

Sin hacer ruido me acerqué más á ella. Entre mis manos trémulas de pasión guardé la suya enamorada y tibia. Una corriente de vida hizo estremecer nuestros cuerpos con estremecimiento voluptuoso. La historia blanca de nuestros amores panteístas, empezó á desenvolverse delante de mí.

Y pasaron las mañanas claras y las tardes opacas. Aquéllas me hablaban de besos—de besos tibios y castos como rezos—y éstas me recitaban tristemente, con la tristeza de lo muerto, las estrofas blancas, que mis labios dijeran quedamente á su oído, por el voluptuoso afán de estar muy cerca de su cabellera abundante, perfumada y negra.

Sentí un deseo grande de besarla. Estreché nuevamente su mano y quise atraerla hasta mi boca; pero ella, como si hubiese adivinado mi salvaje intento, me miró piadosamente.

—¡Si no puedes besarme! parecieron decir sus ojos. Y esta encantadora prohibición era una súplica. Todo aquel amor de antes, aparentemente extinguido, aparecía ahora amenazante, cruel. La envolví en una mirada tierna y acariciadora. Sus labios dijeron un vocablo salvaje y hermoso, los míos hambrientos bebieron en su boca licor de vida, y corrieron luégo avergonzados y trémulos á esconderse entre la perfumada nocturnal de sus cabellos....

Las herradas botas de un hacendado vulgar maltrataron bruscamente las baldosas de la acera.

Ana Gertrudis sacudió la triunfal melena como si soñara.

¡Antonio de Jesús!.. dijeron sus labios amargamente; y resignada y triste fué á su encuentro.

MANUEL S. CERVERA

PREERAQUELINA

Tu birremo cabalga sobre l'onda maldita
De un anhelo imposible; batelera, respónde,
Aquel batel ungido que tu recuerdo incita
Te saludó diez veces y se marchó.—¿Por dónde?

¿Acaso la salada mole del mar esconde
La audacia del piloto que no acudió á la cita?
—¿Quieres que en la contraria ribera siempre ronde
Por ver si en la salada mole del mar habita?

Quinientas rosas blancas orlaron tu cabeza
Ayer, cuando el acorde dijo la gentileza
De tu aire de sultana, de tu suspiro blando;

Y hoy, con los ojos fijos en el confín, semejas
Un ave delirante de amor cuando te alejas ....
Una estatua de carne si te vas acercando!

PAUL D'ENJOY

FLOR DE MAYO

(CUENTO CHINO)

Traducido para "Lectura Amena."

Si quieres conocer la calidad del oro, somételo á la piedra de toque; si deseas conocer la energía de un búfalo, pónlo á surcar los arrozales; si anhelas apreciar las cualidades de un hombre, déjale hablar; si prestas fe á lo que cuentan las mujeres, estás perdido: ¡Maldición para ti!

Las palabras femeninas son capciosas melopeas. Dejad las voces amorosas acariciar los sentidos, del mismo modo que el arco frota las cuerdas del violín, como los céfiros murmullan en las eolias arpas. Pero cerrad con un disco de laca los oídos, ventanas de tu razón.

Virgen, esposa ó madre, la mujer es ascua que consume el deseo.

Ay! ¿Por qué el infortunado Ki-Dong no ha precavido sus vísceras contra las crueles punzadas de los celos? ¿Por qué no se ha ceñido á los riñones la faja tersa y fina de la confianza?

La sospecha destruye la felicidad, como los tifones abaten los arrozales.

Y no obstante, el esposo de Flor de Mayo vivía días tejidos por la voluptuosidad de las caricias y los besos. Estaba enamorado hasta serle imposible apartar sus labios de los de su adorada, feliz hasta no poder darse cuenta de la dicha que lo embargaba.

Su nido estaba fabricado bajo las frondas de las palmeras y boabades, cerca al estanque azul bordeado de iris, en la ciudad lacustre de Nuoc Kinh, donde su felicidad reposaba como el agua lustral de las pagodas.

Flor de Mayo—su gentil esposa, botón de loto apenas sonrosado—no había visto quince veces caer como nieve las flores del almendro. Débil como una laca de Cay-May, vaporosa como una fibra de bambú, traviesa como una cabra del Thibet y dotada de las cuatro virtudes conyugales que enumeran los ritos: docilidad, modestia, prudencia en palabras, amor al hogar.

Sentada sobre una estera de Haï Nam gustábale cantar con dejativa y lenta voz antiguas melodías de cinco notas, acompañándose de su viola de piel de boa, cuyas cuerdas aceradas hacía vibrar al golpe de sus uñas guarnecidas de oro: *Cam, sè, san, su, ho.* Cantaba como bengalí palpitante de emoción el despertar del corazón, la ansiedad de la espera, la embriagez de los sentidos, los inextinguibles ardores del amor.

Si la aurora la contemplaba en sus graciosos aprestos musicales, al ocultarse el sol tras los techos erizados de torres de porcelana dejaba á la indolente cantatriz incansable imbuída en aquellas delicias.

Esta vida de ensueño encantaba á Ki-Dong. Por la noche no se separaba de la soñadora sino después de haberla mecido en su hamaca de Chu-San, suavemente abanicada. De día ocultábase tras de un biombo incrustrado de perlas y la miraba extasiado, como un lagarto bebe horas y horas el sol de primavera.

Sinembargo, en aquella morada cada estío traía sus tempestades; se oía á la madre de Ki-Dong, y á éste decir: cómo se regocija tu alma, madre mía, regañando á los criados, murmurando contra la pereza de las chicas, turbando en fin la quietud de la casa con el ruido poco grato de los querellados y de los muebles atropellados.

"Ah! desgraciada esponja china—exclamaba—cómo te impregnas de veneno! ¿Será posible que nuestros mandarines, dejándose embaucar, dejen expuestas nuestras cien familias á la desmoraliza-

ción de los bárbaros de Occidente? ¡Según los nuevos ritos ya parece que la esposa pueda hacer arrodillar al esposo ante ella. Humillarán su cerviz y nuestras hijas se pasearán solas por las plazas públicas! Mirad á Ki-Dong á los pies de Flor de Mayo. Esta mujer se la he dado á mi hijo para que fuera su esclava; pero ¿no veis cómo ella ha cautivado su razón y oprimídole el corazón destruyéndole la voluntad? ¡El desgraciado ni aun siquiera consiente en ser bígamo. La moral está muerta en él.

"Oh hijo mío, apóyate y confía en mi vejez. Déja esa aduladora que te engaña, que agota tus fuerzas y que con sus caricias penetra tus carnes con filtros envenenados. En su presencia abdicas de tu puesto de jefe de familia y te humillas ante tu sierva. Pareces tú el vendido en matrimonio, que no ella. Si amabas á esta muchacha, debías haberla tomado por mujer, pero de segundo rango, y no ceñirle la frente con el velo rojo que corresponde á la primera esposa. Para las elegidas por amor, la ternura; para las mujeres de menaje, el trabajo!

"—Pero, madre mía—respondió tímidamente Ki-Dong—que vuestro nombre sea venerado; pero Flor de María jamás abandona el hogar, y en cuanto al menaje, ¿por qué queréis que lleve ella la carga?

"Es tanto como confiar pollitos á un pavo real—¡sed feliz eternamente, madre mía!"—y se alejó murmurando: "Es necesario que le salve la faz." ¡Ay! La lengua de la mujer es su espada y nunca deja que se enmohezca.

"—Has notado, dijo un día la madre de Ki-Dong á éste—¡sed feliz eternamente, madre mía—¿has notado la singular palidez de Flor de Mayo? Se creería que marchita sus carnes con pétalos de nenúfares.

"—Artificios del tocado.

"—Sus mejillas se ahondan....

"—Vallecitos formados por los besos.

"—Sus rasgos se marchitan.

"—Surcos de ternuras.

"—Sus ojos se entornan.

"—Ocultando voluptuosidades.

"—Su talle se acrecienta....

"—Misterios de amor.

"—Qué conclusión sacas de esos síntomas?—exclamó la madre, disgustada ya.

"—Pienso que la flor se abre—replicó Ki-Dong, sonriendo. Flor de Mayo es una artista hábil, y como tal perpetuará nuestra familia."

"Pobre hijo mío—¡que vuestra vida sea eternamente dulce, oh madre mía!—cómo se han cerrado tus pestañas! ¿No te apercibes de cómo sobre el altar de tus antepasados las varas rituales no

proyectan sus volutas de humo?

"—El incienso las suple."

"—Flor de Mayo abandona el altar doméstico. Parece no querer adornar sus cabellos con los cordoncillos de plata y bolas de nácar que tú le pusiste en la cabeza el día de tu enlace. Ahora ella tuerce sus cabellos alrededor de un alfiler de carey, como viuda que busca un segundo marido.

"—Para dar tal sentido á ese su capricho, madre mía,—sed siempre justa—sería menester que el esposo hubiese sido ya sepultado.

"—Las mujeres bajan á veces los ojos para dejarse mirar. Fingir la viudez, es solicitar amante....

"—Pero Flor de Mayo nunca franquea el dintel de sus aposentos.

"—Nunca sale—te lo concedo—pero día y noche, bajo la terraza tapizada de orquídeas, el té perfumado de jazmín esparce sus tibios efluvios. Los pétalos azucarados, los pastelillos de arroz coloreados, almendras cristalizadas, granos de loto tostados, llenan las cajas de laca roja que tú trajiste de Ton-Kin.

"—Glotonería.

"—Pero el esposo no es convidado á esas meriendas, y la esposa—sinembargo—no las gusta sola....

"—Qué queréis decir?

"—Digo que á menudo, por la mañana, he encontrado sobre las mesas de jaspe porcioncillas de tabaco en las pipas de cobre".

"—Pero, dijo Ki-Dong, á quien la sospecha hacía trepidar como á un ebrio de vino de arroz, ¿tenéis seguridad de esas palabras? La duda, lo debéis comprender, es un tósigo maldito que se infiltra fácilmente. ¡Yo necesito pruebas!

"—Pruebas!—repitió la madre—que vuestra vida sea larga, oh madre mía—y permaneció un instante pensativa, excitante; temblábanle los párpados como quien quiere disimular su pensamiento.

"—Oh! replicó Ki-Dong, si yo tuviese seguridad de que la flor se da al moscardón....

"—Qué harías, hijo mío?

"—Arrancaría despiadado de nuestro árbol familiar el tallo envenenado que deseca mi matrimonio.

"—Lo juras delante de mí?

"—Por los manes sagrados de mi padre, dijo.

"—Pues bien, esta noche en la velada segunda, tus pestañas se desenmarañarán y verán claro si vas bajo las orquídeas.

"—¡Maldición! gritó el esposo desesperado—y se fué como un loco por la ciudad.

Es la palabra como una flecha: una vez lanzada, ya no vuelve al arco que la impulsó. La palabra pronunciada no puede reco-

La lengua corta la cabeza, ha dicho siempre el sabio.

Ki-Dong había apañaleado á su madre. —¡Que Buda os perdone, oh madre mía!

. . . . . .

Ahora Ki-Dong ruega por ella en una pagoda y Flor de Mayo paséase sin cesar por el borde del estanque azul irisado, cantando con voz lastimera y lenta, antiguas melodías de cinco notas: *Cam, sè, san, su, ho!* Ki-Dong es bonzo, Flor de Mayo está loca.

ESCIPIÓN JARAMILLO

COMPASION

Para Lectura Amena.

Piedad para tus ojos — cisternas de dulzura —
Piedad para tus labios — divina flor de sangre
Do la atrevida abeja del amor no ha podido,
Para beber el néctar de tus besos, posarse.—

Piedad por tus caricias, que duermen—como incauta
Bandada de polluelos — en el nido : tu carne.
Piedad por los misterios de tu belleza virgen ....
Los hombres somos crueles y rudos y cobardes.

Por las líneas triunfales de tu cuerpo intocado,
Por su casta dureza tentadora y fragante,
Por el panal intacto cuyas celdillas guardan
El deleite--miel lábrica—¡piedad!... Todo eso es frágil.

No entregues de tu vida la página inviolada
A quien leer no pueda en el mudo lenguaje
De lo blanco ; no entregues el jardín de tus sueños
A quien con mano innoble los pétalos arranque.

¡ Qué triste la corona de azahar en tu frente :
Cómo caerá mañana profanada y exangüe !
¡ Qué triste la blancura de tu traje de novia :
Ya no podrás ufana presentarlo como antes ! ....

Porque en un tiempo fueron para ti mis canciones
Y en ti aprendí el poema de ignotas castidades,
Piedad para tus ojos — cisternas de dulzura —
Piedad para tus labios — divina flor de sangre!—

Caloto, Agosto 18 de 1905.

EUGENIO ORS

GRACIAS

Anoche ví una cosa que yo no había visto nunca.

En una calle, en el arroyo, junto á un farol, había una niña basurera. Muy flaca. Muy andrajosa. Inclinada, recogía en su capacho un mezquino montón de escombros: papeles, desperdicios de fruta. Poca cosa. La pala, ávida, rascaba las piedras.

Del portal, aún luminoso, de una casa situada cerca de allí, salió una criada. Llevaba en la mano derecha un gran cubo lleno y rebosante de basura. Llegóse á la niña y volcó el cubo á sus pies.

Y hé aquí que la niña, con una vocecita muy dulce, dijo:

—Gracias.

(A mí no me sirve para nada que la voz de la chiquilla fuera muy dulce; pero como realmente lo era, tampoco tengo porqué callarlo),

***

—¡Gracias!

....Sí, realmente. Había motivo de agradecer. El capacho de la basurera, antes casi vacío, se había colmado de abundante y rico botín. Y era aquello la codiciada materia de su trabajo. Y era pan, lumbre, techo, vida; ó poco menos. Y la criada, gratuitamente, se lo daba. Y hasta piadosa, alargaba el camino para dejarlo á sus pies....Había que decir:

—Gracias.

***

¡Pero eso de hechar la basura á un hombre!....El desperdicio, el escombro, la porquería, el hedor, el estiercol, todo el detritus miserable de nuestra vida, tirado así al cuerpo de un pobre hermano nuestro, volcado hasta casi cubrirla sobre una niña que tiene la voz dulce....Y tener que decir á esto:

—¡Gracias!

***

¡Dios mío! ...Por el espectáculo infame de la miseria del mundo, por todos los golpes recibidos en la lucha, por los gargajos de los malvados y de los imbéciles, por las manchas, por la miseria, por la enfermedad, por la gran náusea del vivir....

....¡Gracias!

AB. FARINA

RAPTO DE LAS QUIMERAS

Al artista y filósofo indiscutido, al apreciable colega y amigo de verdad, Efe Gómez.

(Habla un pagano.)

I

EN EL VESTÍBULO

Mediodía. En las ramas duerme el nido,
el sol en tersas frondas se espejea,
zumba ufano el enjambre que negrea,
y el pensamiento calla amortecido.

Flora en los pliegues de ideal vestido
mis ojos cautos con amor recrea,
y, muerto el corazón para la Idea,
ábrese a las delicias de Cupido.

Tras el boscaje un Término barbudo
grave defiende la heredad, y finge
lascivamente acariciar un sueño.

Todo en la varia soledad es mudo ;
y ante la ambigua mueca de la Esfinge,
el tiempo pasa alígero y risueño.

II

ENUNCIACIÓN

Escultórico grupo los jardines
ornando ver en mi interior deseo,
y al dardo occíduo del arpón febeo
el ruido percibir de los festines.

Sátiros, diosas, ninfas, paladines
victoriosos : — Cortés, Hastings, Tesco —
falange de inmortales en que veo
trasgos, gigantes, monstruos, serafines....

Amo la fiesta olímpica y pagana,
cuando al rayar del véspero se aduerma
el orbe en lechos de zafiro y grana ;

y en las Tebaidas de mi vida yerma,
soñando las auroras del mañana,
sentir la carne de placer enferma.

III

LA SÚPLICA

Plegó la tarde sus joyantes galas
y muere el astro en el confín sediento ;
como marea se alza el pensamiento
y quiere al fin desperezar sus alas.

Místicas notas de las cumbres ralas
en haces baja sonoroso el viento ;
mécese el bosque al vespertino aliento,
que aroma esparce en las etéreas salas.

Yá estás aquí, te oprimo entre mis brazos,
dicha por luengos años consentida,
gloria nupcial de pláticas y abrazos ....

¡Horas, tened la planta estremecida ;
que pudierais tornármele en pedazos,
el primer regocijo de mi vida !

IV

EL DESENCANTO

Mas yá la sombra inescrutable y muda
terció veloz con desusado empeño,
y el ave blanca de mi blanco ensueño
sus mustios remos en silencio anuda.

Bajo la arcana realidad desnuda
frunce mi altiva exquisitez su ceño,
y al recio golpe del tirano dueño
viril y estoica en su desdén se escuda.

Nimia ilusión de mágico espejismo
en glaucos pozos dibujó el paisaje
de un mundo más que el exterior sonriente.

Pero cayó la noche del abismo,
cruzó mi rostro con severo ultraje,
¡y hubo un negror de Tártaro en mi frente!

U. González Serrano

¿LA FELICIDAD?

Si la perfección es un concepto abstracto, que fantásticamente pretendemos convertir en una realidad; si lo perfectible es lo real, se comprende cuántas y cuán numerosas razones existen para que ningún hombre se considere dichoso. El descanso, que á veces pide la gente atormentada por el vértigo que le rodea, es una nueva fase de la infelicidad. *Difficilis in otio quies.*

La eterna aspiración de lo perfectible á convertirse en perfecto, de lo bueno queriendo ser óptimo, es la raíz viva del *Excelsior*, que entona toda fe religiosa. En las penumbras del horizonte visible, símbolo de los límites inestables del horizonte inteligible, el gusano de luz de la religión, como la nube que guiaba al pueblo elegido á través del desierto, deja entrever un *más allá*, que es la relación entre términos inconmensurables: lo perfectible y lo perfecto.

Surgen de semejante relación ideas sin cuento, pero todas inadecuadas, de la felicidad humana, que se cifra en anhelo de suyo tan baladí, cuanto que, una vez conseguido, se disipa engañosamente como el humo. Al llegar á la meta de la soñada dicha, el *más, más y más* de la insaciable ambición humana vuelve á presentar como inconmensurable la relación de lo perfectible con lo perfecto, términos que no pueden llegar á una ecuación completa.

Luégo... nos damos á pensar que la felicidad implica algo excepcional, favor, prestigio, excelencia exclusiva, gracia ó suerte. Caminamos tras la *superioridad relativa;* aspiramos á ser seres excepcionales; somos necesariamente orgullosos y egoístas. Menospreciamos fortuna, educación y talento, si todo el mundo posee tales condiciones. Queremos dicha exclusiva, sólo para nosotros. Y para ello es preciso que el hombre, en su locura, prescinda del destino de cosas y personas que se han de amoldar *contra naturam* al favor ó privilegio exclusivo que de unas y otras abstractamente exigimos.

Aun comparada, como dice Renán, la felicidad á la rosa de Jericó, luégo que la ajamos la reducimos á humo, á polvo, á la nada. Concluímos de ahí á la vacuidad de la dicha humana, y nuestra propia deficiencia queda incrustrada en la naturaleza de cosas y personas, olvidando que la rosa está hecha para que aspi-

remos su aroma, no para ajarla.

Parece, por tanto, condición impuesta al que egoístamente busca su felicidad en el privilegio y en la excepción, respetar y aun con sus actos consagrar la naturaleza y destino de cuanto le rodea, sin moldear á capricho realidad que ni se rompe ni se doblega. Nuestra ignorancia de ella nos hace pensar después en la incógnita de la fortuna ó de la desgracia.

Acomodar nuestros deseos á la naturaleza de las cosas, sin pedir peras al olmo, ni querer coger la luna con la mano (*abstine* de los estoicos), es conservar la eterna aspiración de lo perfectible á convertirse en perfecto, labor sin término que obliga al hombre á emplear su vida en intentar grandes empresas, aun cuando no siempre logre verlas realizadas.

La felicidad ha de brotar de nosotros mismos; porque, como dice un moralista, se ve que el hombre todo lo perfecciona á su alrededor; pero no se percibe que se perfecciona á sí mismo. La felicidad humana consiste en el trabajo, libremente aceptado como un deber.

La laboriosidad, con su ley propia, la del descanso, no se opone á la alegría de la vida. Lo que engendra tedio y hastío es el esfuerzo penoso. Así se dice paradójicamente que la clase trabajadora aspira sencillamente á no trabajar, aspiración de todos, pues siempre el hombre trabaja por no trabajar, es decir, ahorra y economiza para emanciparse de trabajos manuales y poderse dedicar, con su excedente de fuerza, á otros menos penosos. Descansando de un trabajo, consagrándose á otro distinto (distracción, esparcimiento etc.), se puede obtener la sabiduría práctica de emplear y no de pasar todo el tiempo de nuestra existencia.

No es pintar como querer. Pretender imponerse á la realidad, someterla á los propios deseos, moldearla á nuestro gusto, es olvidar la inflexibilidad del medio, que, en su mayor ó menor amplitud, pero siempre dentro de leyes inflexibles, ofrece al individuo más ó menos facilidades de adaptación y perfeccionamiento. Someterse á ellas, aceptar el deber, considerándolo como medio de realizar lo bueno, aspirando á lo mejor, luchar por llegar á la meta (que se aleja cuando creemos alcanzarla), resignarse al ver malogrados nuestros afanes, es acercarse al sueño de la humana felicidad, con el bálsamo de la esperanza, "sueño del hombre despierto". La esperanza con el recuerdo es un prisma de una sola perspectiva: el alejamiento.

Todo, menos el quietismo. El hombre, como el héroe clásico, ha de decir: "mi descanso es pelear". Vivir es luchar; unas veces somos vencedores; otras, las más, vencidos. La resignación (no la de carácter pasivo, hija de la desesperación ó la debilidad) activa, que engendra nuevo esfuerzo y nueva esperanza, ha de ser el fruto de la derrota. Es la virtud curativa del dolor contra el refi-

namiento y relajación del placer. Es la adversidad la que vigoriza, mientras las delicias de Capua enervan.

Seguir luchando contra lo imposible es empeño de ciegos ó locos (machacar en hierro frío); hacer viable el ideal, ponerlo al alcance de nuestros esfuerzos, convertirlo en asequible (quien todo lo quiere, todo lo pierde), es obra de espíritus equilibrados, de voluntades firmes, de almas templadas para el combate de la vida. La conformidad y la resignación (tomar nuevos alientos) no piden la impasibilidad estoica; exigen el esfuerzo activo necesario para hacer fecundo el dolor, extrayendo de él la virtud y eficacia de la esperanza. Así el ideal moral, lo mismo en su fase restrictiva y prohibitiva *(sustine et abstine)* que en la persuasiva ó de consejo *(obra y ama)*, limitando el egoísmo y excitando á la fraternidad, tiene su expresión concisa ante el enigma de los destinos futuros del mundo: *sperabimus.*

De génesis complejo, formada al conjuro de realidades y de sueños (vivir es soñar), la felicidad vive, más que en lo presente, en lo porvenir y, aunque velada por la melancolía, en lo pasado: "cualquier tiempo pasado fué mejor". Parar el carro de la fortuna, eternizar la dicha que gozamos es nuestro anhelo; felicidad cuya pérdida se presiente, es sufrimiento.

La felicidad, alegre y riente casita, con techo cubierto de musgo y de flores, palacio de las ideas, seduce y atrae; su contemplación enloquece. Pero es preciso quedarse á la puerta; quien entra, no la ve ya. Por eso el hombre bien sentido, penetrado de su limitación, conserva viva la felicidad, haciendo objeto de sus ansias la dicha de los que ama. Surge la felicidad del consorcio del deber y del amor (más intensos cuanto más ampliamente sentidos), y, comenzando en la abnegación, termina (para volver á comenzar) en la piedad universal.

JOAQUÍN E. JARAMILLO A.

SONES SUAVES

A la memoria de José A Silva.

¿Es la onda fugace que en el lago dormido
Ritma notas aladas que invaden el boscaje?
¿Es Eolo que pasa, vibrante y oprimido,
Por las urdimbres blondas del místico ramaje

De olivos solitarios, donde formaron nido
Palomas, ruiseñores y alondras, de plumaje
Que guarda esencia de uvas? Acaso es el gemido
De un asceta, á quien turba la algazara salvaje

Y se vuelve á la ermita donde impera la calma?
O es la ninfa errabunda que, deleitando el alma,
Deshoja rosas albas de perfumes eternos,

Mientras brotan cantares de su garganta rubia,
Y con su planta enjuga las hojas que la lluvia
Refrescó con sus hilos, en los campos más tiernos?....

No es del lago dormido la onda que se aleja
Ritmando notas blandas.
El zuzurro del viento
No podrá ser tan suave, misterioso y sediento
De más azules cumbres....Del ruiseñor la queja

Es menos sugestiva, prisionero en la reja
Cuando Apolo levanta su disco, cual sangriento
Escudo suspendido del lomo corpulento
Del verdinegro monte, cuya testa es bermeja.

Del eremita, nunca, los lánguidos reproches,
Ni de la ninfa arpegios en las plácidas noches,
Tendrán esas flexiones ni esas pausas unciosas

De la lira de oro del bardo fatigado
— De Erato el predilecto, de Euterpe mimado —
Que arrancó los secretos más hondos á las cosas.

AMADO NERVO

EL MIEDO A LA MUERTE

(OTRAS VIDAS)

"No podría yo decir cuándo experimenté la primera manifestación de este miedo, de este horror debiera decir, á la muerte, que me tiene sin vida. Tal pánico debe arrancar de los primeros años de mi niñez; nació acaso conmigo, para no dejarme nunca jamás. Sólo recuerdo, sí, una de las veces en que se revolvió en mi espíritu con más fuerza. Fué con motivo del fallecimiento del cura de mi pueblo, que produjo una emoción muy dolorosa en todo

el vecindario. Tendiéronle en la Parroquia, revestido de sus sagrados ornamentos y teniendo entre sus manos, enclavijadas sobre el pecho, el cáliz donde consagró tántas veces. Mi madre nos llevó á mis hermanos y á mí á verle, y aquella noche no pegué los ojos un instante. La espantosa ley que pesa con garra de plomo sobre la humanidad, la odiosa é inexorable ley de la muerte, se me revelaba, produciéndome palpitaciones y sudores helados.

" — ¡Mamá, tengo miedo! gritaba á cada momento, y fué en vano que mi madre velara á mi lado: entre su cariño y yo estaba el pavor, estaba el fantasma, estaba "aquello" indefinible, que ya no había de desligarse de mí ....

" Más tarde murió en mi casa una tía mía, después de cuarenta horas de una agonía que erizaba los cabellos. Murió de una enfermedad del corazón y fué preciso que la implacable vieja que nos ha de llevar á todos nosotros, la dominara por completo .... No quería morir: se revelaba con energías supremas contra la ley común .... " No me dejen morir, " clamaba, " no quiero morirme" ....

" Y la muerte estranguló en su garganta uno de esos gritos de protesta.

" Después, cada muerto me dejó la angustia de su partida, de tal suerte que pudo decirse que mi alma quedó impregnada de todas las angustias de todos los muertos; que ellos, al irse, me legaban esa espantosa herencia de miedo .... En el colegio, donde anualmente los padres jesuítas nos daban algunos días de ejercicios espirituales, mi pavor, durante los frecuentes sermones sobre " el fin del hombre, " llegó á lo inefable de la pena. Salía yo de esas pláticas macabras (en las cuales con un no envidiable lujo de detalles se nos pintaban las escenas de la última enfermedad, del último trance, de la desintegración de nuestro cuerpo): salía yo, digo, presa del pánico, y mis noches eran tormentosas hasta el martirio.

" Recordaba con frecuencia los conocidos versos de Santa Teresa:

> " Vivo sin vivir en mí,
> y tan alta vida espero,
> que muero porque no muero!"

y envidiaba rabiosamente á aquella mujer que amó de tal manera la muerte y la ansió de tal manera, que pasó su vida esperándola como una novia á su prometido ....

" Yo en cambio, á cada paso temblaba y me estremecía (tiemblo y me estremezco) á su solo pensamiento.

" Murió de ahí á poco en mis brazos un hermano mío, á los diez y ocho años de edad, fuerte, bello, inteligente, generoso, amado ...., y murió con la serenidad de una hermosa tarde de mis trópicos.

"—Siempre temí la muerte, me decía, mas ahora que se acerca, ya no la temo: su proximidad misma parece que me la ha empequeñecido .... No es tan malo morir .... ¡Casi diría que es bueno!

"Y envidié rabiosamente también á mi hermano, que se iba así, con la frente sin sombras y la tranquila mirada puesta en el crepúsculo, que se desvanecía como él ....

"Mi lectura predilecta era la que refiere los últimos instantes de los grandes hombres. Leía yo y releía, analizaba y tornaba á analizar sus palabras postreras, para ver si encontraba escondido en ellas el miedo, "mi miedo," el implacable miedo que me come el alma ....

"Now I must sleep," decía Byron, y había en estas palabras cierta noble y tranquila resignación que me placía.

—"No creía tan fácil morir ...." decía el infeliz y mimado Luis XV, y esta frase me llenaba de consuelo .... Ese, pues, no había tenido miedo ni había sentido rebeliones ....

—"Dejar todas estas bellas cosas!" clamaba Mazarino acariciando en su agonía con la mirada los primores de arte que llenaban su habitación, y este grito de pena no me desconcertaba, porque yo á la muerte no le he temido jamás porque me quita lo que poseo .... el amor á las cosas es demasiado miserable para atormentarme.

"Agradábame sobre manera la desdeñosa frase del poeta Malherbe, ya saben ustedes, el autor de aquella estrofa que hizo célebre (envaneceos alguna vez legítimamente, señores cajistas) una errata de imprenta:

"Elle était née d' un monde où les plus belles choses
Ont le pire destin,
Et, Rose, elle a vecu ce qui vivent les roses:
L' espace d' un matin ..."

Al padre que le hablaba de eternidad y le encarecía que se confesara, Malherbe respondió:

—"He vivido como los demás, muero como los demás y quiero ir .... á donde vayan los demás ...."

"En cambio, las palabras del pobre Alfonso XII: "¡qué conflicto! ¡qué conflicto!" me aterrorizaban hasta lo absurdo.

"Y á medida que iba creciendo, este miedo á la muerte adquiría (y sigue adquiriendo) proporciones fuera de toda ponderación. Es raro, por ejemplo, que se pase una noche sin que yo me despierte, súbitamente, bañadas las sienes en sudor y atenaceado, así, de pronto, por el pensamiento de mi fin, que se me clava en el alma como una puñalada invisible.

"¡Yo he de morir, me digo, yo he de morir! Y siento entonces con una vivacidad espantosa toda la realidad que hay en estas palabras.

***

"¡Morir! ¡ah Dios mío! los animales cuando sienten que se aproxima su término, acurrúcanse en un rincón, tranquilos y resignados, y expiran sin una queja, en una divina inconsciencia, en una santa y piadosa inconsciencia! Las flores se pliegan silenciosas y se marchitan sin advertirlo (¡¡ó quién sabe!!) y sin angustia alguna .... Todos los seres mueren sin pena .... menos el hombre.

"Ninguno de los animales sabe que ha de morir y vive cada uno su furtiva existencia en paz .... Sólo el hombre va perseguido por los fantasmas de la muerte, como Orestes por su séquito de Euménides....¡horror! ¡horror!

" Dos maneras no más hay de morir: se muere, ó por síncope, ó por asfixia. Poco me espanta la primera de estas muertes....Un desmayo....y nada más, un desmayo del que ya no se vuelve, la generosa entraña cesa de latir y nos dormimos dulcemente para siempre; pero la asfixia, ¡Dios mío! la asfixia que nos va sofocando sin piedad, que nos atormenta hasta la desesperación....y unido á ella el terror de lo que viene....de lo desconocido en que vamos á caer....de lo "único serio" que hay en la vida.

"A más de cien médicos he preguntado:

—"¿Qué se sufre al morir?" y casi todos me han respondido:

—"No; se muere dentro de una perfecta inconsciencia...."

"¡Ah! si esto es lo natural, lo bueno, lo misericordioso: la santa madre, la noble madre naturaleza debe envolvernos en un suave entorpecimiento; debe adormecernos en sus brazos benditos durante esa transición de la vida á la muerte. Sin duda que morimos como nacemos....en una misteriosa ignorancia....pero ¿y si no es así?....¿y si no es así? me preguntaba yo temblando.

***

"Morir, seguía pensando (y sigo aún por mi desgracia). He de morir, pues, y todo seguirá lo mismo que si yo viviera. Esta multitud que inunda las aceras, continuará su activo y alegre tráfago, bajo el mismo azul del cielo, calentada por el mismo oro tibio del sol! En los bosques los nidos seguirán piando y los amantes seguirán buscándose en las bocas la furtiva miel de la vida. Las mismas preocupaciones atormentarán á las almas....Los mismos placeres, sin cesar renovados, deleitarán á las generaciones.....La tierra continuará girando como una inmensa mariposa al rededor de la llama del sol....y yo ya no existiré, ya no veré nada.....ya no sentiré nada.....me pudriré silenciosamente en un cajón de madera que se desmoronará conmigo.....

"Pasarán las parejas de aves sobre la tierra que me cubre, sin conmover mis cenizas....El sol despertará germinaciones

nuevas en derredor mio, sin que mis pobres huesos se calienten con su calor bendito.

"Mi memoria habrá pasado entre los hombres, mi huella se habrá perdido, mi nombre nadie habrá de pronunciarlo. El hueco que dejé estará lleno....

"Y si al menos fuese así, si la muerte se redujese á un eterno é inconmovible sueño....pero las palabras de Hamlet nos torturan el pensamiento: "Morir....dormir....soñar....*soñar acaso!!!*

***

"No, no es posible ya padecer más; la resistencia humana tiene sus límites, y la mia está agotada. Esta obsesión de la muerte, en los últimos días, se ha enseñoreado de mí en modo tal, que ya no puedo hablar más que de ella, ni pensar más que en ella.... Mis noches son de agonía lenta y odiosa....mis días tristes hasta opacar mis tristezas la luz del sol....Mi tormento llega al heroísmo de los tormentos....ya no puedo con mi mal, y voy á acudir al más absurdo....al más extraño....al más ilógico, pero también al más efectivo de los remedios...¡¡Voy á matarme!! Sí, á matarme, ¿concebís esto? A matarme....¡por miedo á la muerte!!"

***

Sobre el pecho del suicida se encontraron, á guisa de carta, las páginas que copio. Los periódicos han publicado ya parte de ellas. Yo he creído piadoso reproducirlas todas....

AQUILINO VILLEGAS

BALADA DE LA MALA REPUTACION

En un tiempo tuve algunos dineros,
y me querían mis amigos.

VERLAINE

Turba de burdos y patanes,
Canalla vil de Altos y Bajos,
Especieros ricachos, truhanes,
Letrados sin letras, pingajos
De hombre, esquilón sin badajos,

Voy á hablaros sin ton ni són
Y sin muchísimos afanes,
De mi mala Reputación.

Por Apolo y sus santos manes
Juro, burgueses, estropajos
Inmundos, judíos, gañanes
Periodistas que me dais tajos
Rudos, vendidos arrendajos,
Juro, repito, que razón
Tenéis en hablar, perillanes,
De mi mala Reputación.

Los estetas pelafustanes
Que vais royendo los zancajos
A una plebe de almas inanes
Cuyo espíritu, cual dormajos
Inmundos, huele á sebo y ajos,
Prestadme también atención
Que allá va el hueso, horda de canes,
De mi mala Reputación.

Y las que escondéis entre holanes
Un alma mediocre, de bajos
Sueños, alma de sacristanes;
Las que apagáis entre lazajos
Rojos, y rezos, y cintajos
Los latidos del corazón,
Creed ¡oh dulces alacranes!
En mi mala Reputación.

Soplen, soplen los huracanes
Sobre mi frente, que los gajos
De los enhiestos arrayanes
Ama tan sólo, y ne los bajos
Líquenes pisados de grajos;
Como al ápice de un peñón
Que me azoten los huracanes
De mi mala Reputación.

Yo piso la tierra, Rufianes,
Duro y seco; no los cascajos
Hieren mis plantas que, titanes
Graves destripan renacuajos,
Por caminos y por atajos
Sin ninguna mala intención.
No me guardo con talismanes
De la mala Reputación.

Mi lengua azota, ganapanes,
Y espolvorea los andrajos
De vuestras almas; mis desmanes
Son carámines espantajos
Que me quitan los calandrajos
De delante; tenéis razón
En helaros hasta los cuajos
Por mi mala Reputación.

ENVÍO

Príncipe! echadme diez Jayanes
A las barbas, ó una legión
De piojosos y hambrientos canes:
Guay! con los fieros ademanes
De mi mala Reputación.

LUIS VIVES

EL HONORABLE PUBLICO

¡Que me comen los sáinos!
¡Los sáinos son!
(Estribillo popular.)

¡Cuán semejante el campo de las ideas al capricho material de los instintos! ¡A veces duda uno de si la humanidad se mueve á impulso de ideales ó si éstos obedecen al empuje pasional de cada instante! La verdad es que pesa sobre cada hombre la masa imponderable del público que le obliga á pensar y á obrar de cierto modo, so pena de morir en la cruz del martirio ó del ridículo. Nuestras ideas como nuestras obras, son fruto reprobado si no se desprenden del árbol frondoso que forma la necia multitud. Cuando más está uno convencido de expresar conceptos personales de los que obtienen la aceptación, se ha convertido en órgano inconsciente de lo que piensa y quiere el público honorable. Ay! de aquel que apartado de la sociedad piensa distinto de lo que indica la corriente que á ésta arrastra. Este es loco, aquél blasfemo y esotro malvado.

Yo vi una vez al público apoderarse de un hombre de gran voluntad y de no menor fuerza y valor personal. Era un héroe á quien la multitud victoreaba y rendía alelada admiración. Quiso él

que fuese cuerdo el homenaje y que en su manifestación hubiese cierto orden y medida; pero su elocuencia no fué persuasiva, ni su voluntad poderosa, ni su fuerza física fué átomo apreciable: rodó como hoja seca que el huracán arrastra dócilmente. Y ese turbión asolador hubiera dado mala cuenta de quien se hubiese opuesto á su rodar estúpido, ahogando la vida como ahogó entre gritos salvajes la voz de la cordura y el reto de la amenaza individual; sólo acogía con salvas las vociferaciones que eran producto suyo, sólo oía las voces que alentaba.

La multitud mata si quiere, y no es pecado, así como crucifica á la verdad y á la justicia si le place. También se ahogaron, justo es reconocerlo, todos los animales que no entraron en el arca de Noé.

¿No halláis vulgar y poco inteligente el movimiento de esa multitud vista por mí? Y decidme ahora, la humanidad rodando á impulsos de la tradición ¿difiere en mucho de la multitud que se agolpa en las calles á clamar insanamente? La voluntad del público os subyuga inhumana, y os obliga á decir y á obrar como ella gusta, de modo que vuestra voz sea el eco del monstruo colectivo. Débese pensar y hablar de manera aceptable, es decir, quien piensa y habla ha de ser órgano, conducto apenas, por donde salgan los gases del fermento humano, un gritador no más de los que expanden la voz de las multitudes de las calles, que son el exponente de la multitud que puebla el globo. Vociferad con la turba, amoldando vuestras ideas á la tradición, si queréis ser entendidos y aceptados. Dad pábulo á la fuerza de inercia que viene arrastrando á la humanidad. Querer plantar bandera de originalidad individualista, es abrir los brazos para contener el tumulto poderoso y morir aplastado. Seguid la corriente arrebatada y holgaos de creer que estáis obrando según vuestro querer y pensando con vuestro pensar.

Por eso ¡cuán semejantes los instintos á las ideas! ¡Si parece que las ideas de los individuos fueran la expresión de los instintos del público! ¡El honorable público! Me pongo á rehacerlo imaginariamente y me resulta un animal deforme, justamente como le vi arrastrando al héroe victoreado. Un resto de rebeldía que en mí conservo, se revuelve improbamente. No es posible contenerle ni osarlo al menos. A un lado, mis voces las acallan los aullidos de la fiera. Tal cual sonrisa de olímpico desprecio me zahiere al apartarme. Y como yá me dejan á la vera, entro tras los postreros. Esperadme. Yo iré con todos á una exhibición de cachivaches ó al templo de la opinión general. Eso sí, no me imputéis lo que digáis por mi boca ni lo que obréis por mi brazo. Convenid en que esto mismo que estoy diciendo es vuestro y no mío, honorable público!

E. MARQUINA

LA ALEGRIA FECUNDA

Volvíamos alegres de una fiesta
en medio de los campos, por la noche.
A nuestra espalda, resonaba el pueblo
con un ruido de música de danzas,
y á favor del silencio y de las sombras,
reinaba en el paisaje, como un héroe
después de la victoria.
Los reflejos
de sus hogueras fáciles; la espléndida
cascada de la luz de sus ventanas,
las risas de las mozas, y el chillido
de los viejos alegres, se movían,
como dorados pájaros en medio
de la negra quietud: aquella noche,
la bestia amodorrada de la Vida
sacudía en el pueblo su cabeza
y hacía estremecer los cascabeles
con que cubre su cráneo.
Y mensajeros
de aquel poco de luz; nuestras entrañas
llenas de libertad y atravesando
el camino desierto con la fácil
rapidez de unas alas que se mueven
íbamos satisfechos; encendiendo
la noche, en torno nuestro; derramando
canciones sin sentido á boca llena.
Pasaba un aire fresco y recogía
nuestra respiración de libertados;
las estrellas brillaban, levantándose
del horizonte hundido bruscamente,
como pequeñas chispas arrancadas
por nuestro propio carro; y la seguían,
enamoradas de ellas, absorbidas
por su triunfante luz, nuestras canciones
tejidas sin palabras—

Nos mirábamos
como desconocidos que se encuentran
en torno un de banquete; sonreía
llena de intensa caridad la Hermana
sintiéndose vivir, y santamente
se hundía en las delicias de su sangre,
alimentando al pequeñuelo débil
con los tibios raudales de su pecho.
Éramos los Hermanos; la familia
que no desea nada y lo ama todo.
Y la Hermana triunfante, descansando
sobre la profusión de sus cabellos
negros como la noche, nos miraba
haciéndonos cantar.
A nuestro paso,
los seculares árboles erguían
con asombro las copas desmayadas;
entre las piedras del camino hundíanse
las bestiezuelas de los campos; hubo
sensaciones de gozo en los sombríos
perros de los cercados; y callaron,
dejándonos pasar, las apopléticas
ranas de los estanques.—
Pero fuímos
malditos una vez : una alquería,
no lejos del camino, reposaba
en un sueño de muerte; en torno de ella
hirvieron nuestras risas, como hierven
las olas sacudiendo á los peñascos;
y el viejo labrador que la habitaba
maldijo de notsoros, porque habíamos
llevado los rumores de la fiesta
á su callado hogar; entonces dijo
que éramos como zánganos; que estériles
consumidores de la vida, nunca
echaríamos gérmenes fecundos
en los surcos abiertos.—
Luégo, viendo
que ya sobre los cielos relucían
las clardaides tenues de la aurora,
dejó su lecho, descolgó su azada
y, arrastrando los pies, bajó á su huerta.
Nosotros, los estériles, seguíamos
atravesando los caminos quietos
y despertando á todos; y aquel día
los labradores del contorno hubieron

de acudir á su cita con la Tierra
dos horas más temprano.—
Y nuestra Hermana,
sintiéndose feliz, al ver que hacíamos
sonar la vida á nuestro paso, hablaba
con nosotros de todo; el tibio pecho
seguía dando al hijo y sonreía....

ALFONSO DAUDET

UN MATRIMONIO DE CANTANTES

Cómo no habían de haberse amado? Guapos y célebres los dos, cantando en las mismas obras, viviendo todas las noches, durante cinco actos, la misma vida artificial y apasionada. No dice uno veinte veces al mes: "¡Te amo!" entre suspiros de flauta y trémolos de violín, sin acabar por dejarse emocionar por la propia voz. A la larga sintieron el amor entre torrentes de armonía, sorpresas de ritmo, esplendores de trajes y de telones. Llegó á ellos, por la ventana que *Elsa* y *Lohengrin* abren de par en par una noche vibrante de notas y de resplandores:

"Ven á respirar los embriagadores perfumes".

Se les metió por entre las blancas columnillas del balcón de los Capuletos, en el cual estuvieron *Romeo* y *Julieta* hasta el alba en una noche de amor:

"No; todavía no es de día,
Aún no canta la alondra".

Y dulcemente sorprendió á *Fausto* y á *Margarita* en aquel rayo de luna que daba desde el banco rústico hasta la ventana del cuartito, rodeada con las enredaderas trepadoras y las ramas de los rosales:

"Déja, déja que contemple tu rostro."

Bien pronto París entero supo sus amores y se interesó por ellos. Aquella fué la curiosidad de la temporada. La gente iba á admirar aquellas dos hermosas estrellas que gravitaban dulcemente, una hacia otra, en el cielo musical del Teatro de la Opera. Por fin, una noche, después de un llamamiento entusiasta, al caer el telón que separaba la deslumbradora sala donde sonaban frenéticos aplausos, y el escenario, sembrado de ramos de rosas y camelias, por encima de los cuales arrastraba la cola del vestido blanco de *Julieta*, los dos cantantes sintiéronse acometidos por irresistible entusiasmo, como si su amor, un poco ficticio, no es-

perase para declararse más que la emoción de un gran triunfo. Sus manos se estrecharon, y cambiaron entre sí juramentos consagrados por los lejanos persistentes aplausos del público. Las dos estrellas habían hecho su conjunción.

Después de la boda estuvieron algún tiempo sin dejarse ver en el teatro. Luégo, cuando terminó la licencia que la empresa les concediera, volvieron juntos á la escena. Hasta aquel día, entre aquellos dos cantantes, el hombre había sido el primero. De más edad que su esposa, más conocedor del público, del cual no ignoraba ni los gustos ni las preferencias, ni las debilidades, arrebataba con su voz á la gente de las butacas y de los palcos. Al lado suyo, la tiple no parecía más que una discípula admirablemente dotada, la promesa de un genio futuro ; su voz, demasiado joven, tenía ángulos, lo mismo que sus hombros, un poco flacos y huesudos. Así es que cuando volvieron á la escena, cuando se presentó ella á cantar las mismas partituras que otras veces, y cuando el sonido lleno, rico, admirable de las primeras notas, se escapó de sus labios abundante y puro como agua de manantial, hubo en el público un movimiento de admiración tan grande, que todo el interés de la noche se concentró en torno de ella. Fué para la joven uno de esos días felicísimos en que la atmósfera que nos rodea se hace límpida, ligera, vibrante, para dejar que lleguen hasta nosotros todos los rayos, todas las adulaciones del éxito. Al marido casi se olvidaron de aplaudirle ; y como todos los resplandores producen cierta sombra en derredor, hallóse relegado, como si fuera un comparsa, al más oscuro rincón de la escena.

Después de todo, aquel amor que se había revelado en la acción escénica de la cantante, su voz encantadora y tierna, estaban inspirados por él. Sólo él daba brillo á sus hermosos ojos, y esa idea debió enorgullecerle ; pero la vanidad del artista pudo más, fué más fuerte. Al concluír la función, llamó al jefe de los alabarderos y le puso las orejas coloradas. Habían dejado pasar inadvertidas sus salidas, sus entradas, y olvidado llamarle al final del tercer acto. Se quejaría al director ....

Ay! Por más que dijo y por más que los alabarderos hicieron, el favor del público, conquistado por su mujer, fué definitivamente para ésta. Tuvo en ventaja suya la elección afortunada de obras, apropiadas á su talento, á su belleza, en las cuales se presentaba ella con la tranquilidad y aplomo de una mujer de la buena sociedad que entra en un baile, bien vestida con traje del color que le sentaba á las mil maravillas, y segura de una ovación.

A cada nuevo triunfo, el marido se mostraba triste, nervioso, irascible. Aquello, aquel estar en boga que se alejaba de él, amenazando no volver nunca, le producía el efecto de un robo. Durante mucho tiempo procuró ocultar á todo el mundo, y especialmente á su mujer, aquel sufrimiento inexplicable ; pero una noche,

al subir ella la escalera de su cuarto con la falda cogida con las dos manos y llena de ramos, y que, sin pensar más que en su triunfo, le decía á su marido con voz todavía emocionada por los aplausos: "Hemos tenido muy buena entrada esta noche;" él le contestó con un "¿crees tú?...." tan irónico, tan amargo, que el alma de la joven se abrió súbitamente á la verdad.

¡Su marido tenía celos! No los celos de un enamorado que quiere que la belleza de su mujer sea para él solo, sino celos de artista, fríos, feroces, implacables. Algunas veces, cuando acababa un aria, y los bravos multiplicados se dirigían á ella, él fingía una fisonomía impasible, distraída, y su mirada parecía decir á los espectadores: "Cuando acabéis de aplaudir, cantaré yo."

¡Oh! Los aplausos, ese estrépito de granizada que tiene tan dulce resonancia en los pasillos, en la sala, en los bastidores, cuando una vez los ha recibido un artista, no sabe pasarse sin ellos. Los grandes comediantes no mueren ni de enfermedad ni de vejez; dejan de existir cuando ya no les aplauden. Aquel artista, al ver la indiferencia del público, fué acometido de una verdadera desesperación. Adelgazaba, se le veía huraño, malvado, por más que se hacía reflexiones, por más que miraba cara á cara su incurable dolencia, por más que se decía que la que iba á salir á escena "era su mujer.... y la adoraba...."

Ante los fingimientos del teatro, desaparecía en seguida el verdadero sentimiento. Todavía amaba á la mujer, pero detestaba á la cantante.

Ella lo comprendía perfectamente, y de igual suerte que se cuida á un enfermo, vigilaba aquella triste manía. Primero pensó en hacer que disminuyesen sus éxitos, disimulando sus facultades, no haciendo todo lo que podía; pero sus resoluciones, lo mismo que las del marido, no resistían la influencia de las tablas. Su talento iba, casi sin ella quererlo, más allá de su voluntad. Entonces discurrió humillarse, empequeñecerse ante él. Le pedía consejos, le preguntaba si la había encontrado bien, si le parecía que había comprendido bien el papel....

Naturalmente, el otro no estaba nunca satisfecho. Con ese aire bonachón, ese tono de falso compañerismo que los artistas usan entre sí, le decía las noches en que mayor éxito había tenido:

"Ten cuidado, hija mía...ahora no estás bien..no progresas."

Otras veces quería impedirle que cantase.

"¡Cuidado!...Mira que te prodigas...trabajas demasiado..No vayas á quedarte sin voz..¿Sabes que debías pedir una licencia?

Descendía hasta los más estúpidos pretextos. Decíale que estaba resfriada, que no estaba en voz, ó bien le armaba camorra, asegurándole que había entrado demasiado tarde al final del dúo..que había matado sus efectos...que aquello lo hacía á propósito.

¡Sin advertir el infeliz que era él quien la perjudicaba precipi-

tando las réplicas para arrebatarle los aplausos, y que, en su deseo de reconquistar el favor del público, cantaba como si estuviese solo, relegando á su mujer á segundo término! Ella no se quejaba, porque le quería mucho. Además, los triunfos hacen indulgentes á las personas, y todas las noches el éxito la sacaba de la sombra en que procuraba disimularse, y la hacía reaparecer gloriosamente en plena luz. En el teatro no tardaron en echar de ver aquel caso singular de envidia, y los compañeros se divertían con él. Anonadaban al artista dándole todo género de enhorabuenas por el talento de su mujer. Hacíanle leer el artículo de periódico en el cual, después de dedicar cuatro columnas á la estrella, se dignaban consagrar cuatro líneas á la crítica del marido. Un día, al acabar de leer uno de esos artículos, entró en el cuarto de su mujer furioso, con el periódico en la mano, y le dijo lívido de rabia:

—¿Ha sido tu amante este hombre?

Hasta ese extremo llegaba en sus injurias. Así es que la pobre muchacha, festejada, envidiada, cuyo nombre, siempre en el cartel, se leía en todos los rincones de París, y era hasta acaparado por los comerciantes como reclamo, porque le ponían en las menudas y doradas etiquetas de los confiteros, de los perfumistas, llevaba la vida más triste, más humillada que darse puede. No se atrevía ni á abrir un periódico, temerosa de leer su elogio; lloraba sobre las flores que le arrojaban á la escena, las cuales dejaba marchitarse en un rincón de su camarín, para no perpetuar en su casa el recuerdo cruel de los triunfos ruidosos. Quiso retirarse del teatro, pero su marido se opuso:

"Dirán que yo te he obligado á dejar la escena."

Y aquel horrible suplicio continuó para los dos.

Cierta noche de estreno la cantante iba á salir á escena. Alguien le dijo: "Tenga V. cuidado....porque en el público hay un complot contra V." Aquello le hizo reir. ¿Un complot contra ella? ¿Y por qué? ¡Si ella no tenía más que simpatías y vivía fuera de toda *coterie!* Sin embargo, era verdad. En medio del acto, en un dúo magnífico con su marido, en el momento en que su voz soberbia, llevada al punto más alto de su registro, acababa un sonido, después de una serie de notas iguales y puras como las redondas de un collar, una tempestad de silbidos la hizo callar. El público se quedó tan emocionado, tan sorprendido como ella misma. Hasta las respiraciones parecían contenidas, prisioneras en los pechos, como el trino que no había podido concluír. De pronto una idea loca, espantosa, cruzó su imaginación... El estaba solo en escena con ella. Ella le miró, y vió que se animaba su semblante con sonrisa casi imperceptible de maldad. La infeliz muchacha lo comprendió todo. Los sollozos la ahogaban. No pudo hacer más que romper á llorar, y desaparecer, ciega, por entre bastidores...

¡Su marido era quien había hecho que la silbasen!

FOTOGRAFIA

RODRIGUEZ

CALLE DE PALACE, NUMEROS 168 y 170

RETRATOS EN

Bromuro, Porcelana, Platino etc. etc.

ESPECIALIDAD EN RETRATOS GRANDES

5

Chocolate Chaves

HIELO

Compañía Antioqueña de Chocolate Chaves.

P—15

ESCRITOS Y DISCURSOS

DE FRANCISCO DE P. MUÑOZ

1.º y 2.º tomos á la rústica; valor de cada uno, $ 120.

De venta en las librerías de Carlos A. Molina y Antonio J. Cano, en la casa del autor y en la oficina de esta Revista.

ALAMBRE PARA CERCOS

Especialidad de nuestra Casa.

Acabamos de recibir un lote.

JUAN E OLANO & HIJOS

4

RICARDO CASTRO

tiene para la venta un lote de artículos franceses, á precios bajísimos.

2—1

MAQUINAS DE COSER

MUY BUENAS Y BARATAS

vende *Aurelio Márquez.* 3—3

gerse. Es la consumación de lo irreparable.....

Vino la noche pero no trajo ningún reposo al alma de Ki-Dong. Las palabras ¡ay! nos dominan y reinan sobre nosotros.

Envuelto en un manto de juncos que compró en un mercado vecino, la cabeza cubierta con un turbante de grosera lana y desnudos los pies, escaló Ki—Dong los muros de su jardín como un malhechor.

A lo largo del estanque azul bordeado de mosaicos irisados, amorosos y zumbadores retozaban bajo el cesped los insectos. La ciudad de Nuoc-Kinh dormía con sus calles desiertas, y sólo turbaban aquel silencio los cascabeles de algún mercader retardado.

La luna—bola luminosa que rueda en el tapiz del cielo—apareció un instante al través de las nubes. ¿Fué uno de sus rayos argentados ó la hoja de un puñal lo que brilló súbitamente? Nadie podría saberlo, excepto el esposo, que se ocultó bajo el follaje, y el astro de las noches, que desapareció bruscamente.

Envalentonado por la vuelta á las tinieblas, Ki-Dong penetró bajo la terraza tapizada de orquídeas. El sudor empapaba su frente; desfalleciente, se asía de las ramas para no caer; sus dientes se chocaban; sus sienes palpitaban con aceleración febricitante.

Ay! Flor de Mayo no estaba dormida. Su quinqué de aceite de palmera brillaba aún y en medio del silencio se percibía un cuchicheo confuso, entrecortado por risas comprimidas.

"¿Si mi madre hubiese dicho verdad?—Que el destino os proteja, oh madre mía!—Si la flor se diese al moscardón...."

¡Horrorosa agonía, espantosa tortura, mil veces más atroz que la cicuta al sol de Agosto! Un paso más y Ki-Dong va á saberlo todo.

Y sube.

Flor de Mayo, extendida sobre una rica estera, está con un desconocido que las palmeras ocultan con su sombra. Ella habla en voz baja, y sus labios al hablar destilan ternísima sonrisa.

Cuán dulces deben ser sus palabras!

Al ver aquello, Ki-Dong se enfurece, salta como un tigre por entre las fuentecillas de porcelana. Se enreda en los bejucos de las trepadoras, cae pesadamente y hace que las perdices de la pajarera aleteen espantadas.

Flor de Mayo, asustada, lanza un grito estridente. Su compañero se desliza sobre las esteras en busca de salida, pero Ki-Dong le coge por el vestido, hunde la mano armada de un puñal entre los pliegues del manto del que huye, y al retirarla aparece ensangrentada.

El desconocido cae de espaldas.

Entonces, á la vacilante luz del quinqué, Ki-Dong descubre al sér que acaba de matar.